



Javier Quevedo Puchal

Lo que sueñan los insectos

Prólogo de Ángel Luis Sucasas

punto **en** boca

Primeras páginas de
Lo que sueñan los insectos

Javier Quevedo Puchal

punto  boca

El secretario y la zombi

La primera vez que Milena se enfrentó a los demonios acababa de cumplir trece años. Sé que la historia ya es bien conocida a estas alturas, pero pocos están al corriente de todos los detalles. Lo que se sabe es que quedó de pie en mitad de la tienda de campaña mientras su padre, un cuarentón de noventa kilos y metro ochenta de estatura, flotaba sujeto en volandas por unos brazos que no estaban allí. Milena pesaba y medía mucho menos, pero aun así tocaba el suelo de tierra con sus piececillos descalzos. Me contó que la imagen que componía su padre era la de un naufrago mangoneado como un pelele por las corrientes submarinas. Eso, y también que no sobrevivió. Cuando el equipo médico lo atendió, concluyó que el pobre estaba reventado por dentro, como si una mano se le hubiera metido por la garganta para hacer una mayonesa con sus órganos internos. Me imagino que en el informe médico usaron otras palabras.

Quien tampoco debería haber sobrevivido es su esposa, es decir, la madre de Milena. Sin embargo, la mujer tuvo la suerte (o tal vez la desgracia) de que su pequeña, con los ojos aún costrosos de legañas, irrumpiera en la tienda en el momento justo, sobresaltada al despertar en mitad de la noche con los muslos ceñidos por una redecilla de sangre. Su primera menstruación. En cuanto la niña apareció, la mujer tan solo dio en el aire unas pocas vueltas más, en un violento centrifugado sobre sí misma, y se desplomó contra el suelo igual que un fardo de ropa sucia.

Lo que Milena no suele contar, en todo caso, es lo que ocurrió después. Que la madre cayó sobre su propio vientre hinchado. Que a pesar de su robusto cuerpo, la violencia del impacto le provocó un aborto. Y que, debido a esto, Milena nunca llegó a conocer a su hermano. Sea como fuere, le consuela saber que al menos consiguió salvar a su madre. O mejor dicho, la consuela hasta cierto punto. Pues de algún modo, suele decir, los demonios acabaron ganando la partida. Y si bien no se llevaron consigo al niño, lo que sí consiguieron fue llevarse algo de la madre. Una porción irremplazable de sí misma. Y todo esto, como decía yo antes, tampoco es algo que el público suela conocer.

Es obvio que Milena tiene sus motivos para omitir tales detalles cuando le preguntan por este pasaje de su infancia, pero lo cierto es que a mí, que a fin de cuentas soy su esposo, nunca me ha explicado los porqués. Ni falta que hace. Imagino que tan solo procura evitar toda referencia a su hermano no nato, así como a esa madre que con el tiempo se fue alienando cada día un poco más hasta acabar convertida en una «muerta en vida», en el sentido más literal de la expresión. Entiendo que, por morbosos que sean, los detalles personales de ese tipo no interesan a nadie. Al menos, no al público a quien suele hablar Milena. Su público no quiere saber nada del dolor o de la pérdida, y no les culpo (bastante ración diaria tendrán ya con sus vidas y las de los suyos). El caso es que no quieren saber nada, del mismo modo que los espectadores de una película de terror raramente se interesan por cómo sobreviven las familias de esas reinas del grito a quienes machacan una y otra vez en la pantalla.

Lo único que quiere saber el público de Milena es que hay algo más que primas de riesgo disparadas y rescates económicos que nunca se verbalizan. Que puede haber otro lado y que el mundo no es ese remanso de sopor, esa marea de monotonía e injusticia que los medios están encantados de vender a peso. El público de Milena, empachado de cinismos, sueña con vivir en

una realidad donde, por horrible que sea, también otra realidad es posible, aunque esté agazapada tras un ritmo de vida que muchos ya no entienden a estas alturas. Así que, cuando algún asistente a cada nueva conferencia le pregunta por su primer encuentro con los demonios, ella vuelve a relatar aquella vieja anécdota, con una exactitud matemática y a menudo usando las mismas palabras de la última vez. Pero, por supuesto, al igual que un pescadero destripa y raspa las escamas del pescado que vende, también ella limpia sus experiencias antes de exponerlas. Les extrae las vísceras y les raspa los detalles más personales, es decir, aquellos que aún lleva marcados.

La gente se asombra y escucha embelesada como un grupo de niños delante del televisor; y los escépticos (porque, por increíble que parezca, de estos siempre hay al menos media docena) se limitan a sonreír con una ostentosa muestra de superioridad incrédula. El caso es que, como resultado, siempre logramos incrementar como mínimo en una veintena de ejemplares las ventas del libro que preside la mesa de conferencias. Cuando los asistentes abandonan la sala, lo hacen de forma invariable con la convicción de haber conocido a Milena un poco más. Lo que no alcanzan a intuir es que ninguno de ellos lo consigue de verdad. Solo se trata de un simple espejismo. No comprenden que Milena es algo más que la superviviente de sucesivos encuentros con los demonios. Y sin embargo, tampoco son capaces de ver que ni siquiera resulta una mujer tan valiente como todos presuponen. O mejor dicho, sí lo es, pero del modo en que lo son los auténticos valientes. Alguien dijo una vez que un héroe no es más que un cobarde que nunca muestra sus miedos. Supongo que así es la auténtica Milena. Cuando habla de sus demonios, ya sea en una conferencia o en un libro, jamás menciona aquellos que de verdad la atormentan. Esos se los reserva para sí misma. Esos no venden libros.

En cualquier caso, hoy todo el mundo parece conocerla como de toda la vida. Yo creo que era de esperar, pero por lo visto ella no lo veía tan claro. Se sentía intranquila ante la idea de finalizar la gira de conferencias justo en España, y más en concreto en su ciudad natal, pero alguien de su equipo le dijo que resultaría un buen golpe de efecto. Que una deferencia así era el mejor modo de reforzar las ventas en un país que no siempre encaja bien el éxito de sus compatriotas. *Deberíamos haber tenido el detalle de comenzar la gira aquí*, se arrepentía Milena esta tarde, mientras nuestro taxi enfilaba por Gran Vía camino del Círculo de Bellas Artes, *No sea que resulte ser cierto eso que dicen de los españoles*. Le pregunté a qué se refería, pues lo cierto es que a mí un gilipollas siempre me ha parecido un gilipollas, aquí y en Dusseldorf. Quiero decir que nunca he considerado que la estupidez humana entienda de nacionalidades. Sin embargo, no contestó. Se limitó a observar por la ventanilla del coche las calles mojadas de lluvia, tan distintas y a la vez tan similares a las de esa Viena eterna que desde hace años hemos convertido en nuestro hogar.

Ahora, sin embargo, ya finalizada la conferencia, parece que todos los temores eran infundados. Milena se ve radiante, casi trasmutada en el reverso de sí misma en los minutos previos a la intervención. Milena, renacida nada menos que como profeta en su tierra, ahí es nada. O al menos, como profeta en la ciudad que la vio nacer y crecer, que no es poco. Se diría que los nervios se disolvieron de forma gradual dentro de sus propias palabras según iba recuperando cierta confianza, más en su público que en sí misma, y que ahora, tras la calurosa ovación de unos oyentes más entregados de lo que se temía, por fin puede moverse por el escenario con la seguridad que regala la certeza no tanto del trabajo bien hecho como del bien valorado.

Desde luego, ha acertado al decantarse por un atuendo más informal que de costumbre, sobre todo dada la media de edad

de los asistentes. Su habitual traje estilo ejecutiva ha sido reemplazado por unos tejanos grises que dan cierto volumen a sus caderas aniñadas, un suéter negro de punto que abulta su escueta figura y una fina americana en color chocolate que entalla curvas casi inexistentes. Nada de zapatos: mejor las sandalias de tacón bajo que le regalé la primavera pasada. El corte de pelo a lo *garçon*, al que al principio tanto me costó acostumbrarme, redondea esa insólita imagen, informal y sofisticada a la vez, pero en cualquier caso cercana, que ha conquistado al público antes incluso de que comenzara a hablar. Ahora comprendo a qué se refería cierto amigo exiliado en Viena cuando dijo que si hay algo más intolerable para los españoles que un compatriota tenga éxito fuera de sus fronteras es que un compatriota tenga éxito fuera de sus fronteras y lo celebre públicamente. Modestia ante todo, pues.

Cuando empieza a escampar la nube de admiradores y curiosos a la caza de autógrafo y fotografía, Milena me mira de reojo y rubrica una deliciosa mueca de alivio. Qué pena que el respiro le dure tan poco, pues veo que alguien aprovecha las facilidades del momento para ahorrarse colas y acercarse con toda comodidad. Hace rato que había reparado en él, pero en realidad supuse que se trataba del acompañante de alguno de los asistentes. Todo este tiempo había permanecido al margen, sentado en su butaca, como si tan solo estuviese esperando con paciencia a que su supuesta acompañante (posiblemente, una de esas jovencillas «emos» que creen sentirse identificadas con los detalles más vistosos de las experiencias de Milena) consiguiera su autógrafo y su correspondiente fotografía. Como si, de hecho, ni siquiera le interesara lo suficiente el resultado de la espera como para hacerla de pie. Pero ha conseguido defraudar mis predicciones cuando, aprovechando que el camino queda despejado, se ha levantado para acercarse a la ponente. No lleva ningún ejemplar, ni tampoco la ineludible cámara de fotos

digitales colgada de la muñeca, así que solo confío en que no sea el típico pesado de turno que siempre aguarda hasta el final para hacerse el interesante, formular preguntas redundantes y formalizar conjeturas peregrinas mil veces oídas antes, que lo único que consiguen es aplazar la salida, forzar la maquinaria de Milena y, de rebote, también la de mi paciencia.

Debe de tener cuarenta y tantos años y, al menos en parte, presenta un aspecto desenfadado muy similar al de la mayoría de los asistentes. La única diferencia es que en su caso le sienta como un hachazo. Deportivas impolutas de color rojo, tejanos negros bien planchados, camiseta con el lema *Kill Your Idols* y, bajo este, el rostro serigrafiado de Jesucristo. Sobre la camiseta, solo una americana en verde oliva le echa un pulso a la informalidad. Ni gana ni queda en tablas: las dos pierden. De hecho, es como si todo ese montón de ropa le hubiera caído encima y no se hubiese percatado. Desde donde estoy, a un lado del escenario, no puedo escuchar de qué hablan, pero algo en la gestualidad de Milena me sugiere que ya se conocían. Debido a su considerable estatura, él se ve obligado a inclinarse un palmo para saludarla con sendos besos. Tengo la impresión de que ella le corresponde con la fría formalidad con la que yo hubiese dado besos a mi abuela, de haberla conocido. Aún intercambian unas palabras más antes de que ella me haga señales para que me una y, durante ese tiempo de espera, la cara de Milena se cifra en un texto impenetrable. Ni siquiera sé si debería tomarme al pie de la letra la gravedad que traslucen sus asentimientos a cada intercambio verbal. Solo al acortar distancias me doy cuenta de que el tipo es más guapo de lo que parecía y, sin poder evitarlo (quizá sin intentarlo siquiera), detesto esos ojos verde oliva a juego con su americana y esas greñas que se le derraman en sendas cascadas por ambos lados de la cara.

—Diego —me saluda Milena con una sonrisa apenas esbozada—, quiero presentarte a alguien. ¿Recuerdas a los Sardà? Te he hablado de ellos alguna vez.

El de las greñas parece haber decidido por su cuenta que no tengo ni idea de quiénes son, así que me echa un cable. Y me lo echa despacio, claro. Despacio como se nos suele hablar a los tipos demasiado altos, a las rubias naturales y a los niños.

—Didac Sardà, el productor de cine.

Los Sardà, claro. Decir que Milena «me ha hablado de ellos alguna vez» es el eufemismo del siglo. Menuda familia... Las historias que me ha contado son tan suculentas y abundantes que podrían erradicar el hambre en el Tercer Mundo. Hay algo en los dramas de los ricos, incluso en los que ya no son lo que eran, que siempre convoca más interés (por no decir morbosidad) que los dramas de la clase obrera. Mal de ricos, consuelo de pobres. Y por lo que yo sé, los Sardà van bien servidos en este terreno.

—Por supuesto —respondo—. ¿Eres de la familia?

—Podría decirse.

Lo afirma con la satisfacción de quien exhibe sus raíces como trofeos deportivos. Por desgracia para él, Milena no tarda en acotar la intervención.

—En realidad, es el secretario personal de Didac Sardà —dice mientras se apoya con delicadeza en el brazo del aludido—. Y un buen amigo de la familia. Como yo.

La mirada del falso Sardà se convierte en un silencioso chasqueo de lengua. Después, me tiende la mano y se presenta como «el señor Romero». Por supuesto, evito observar en voz alta que el apelativo «señor» me parece excesivo para alguien con semejantes greñas y una camiseta que habla de asesinar a gente. Por muy cuarentón que sea.

—Encantado —afirma sin que nada en su expresión lo ratifique—. Así que usted debe de ser...

—El marido de Milena —me adelanto.

—También su secretario, ¿no?

Por algún motivo, todo se me ha antojado de lo menos aleatorio: desde sus falsas dubitaciones hasta el retintín con el que ha rizado la entonación final de la frase, justo en ese «secretario» que me ha impactado como un esputo en el tímpano. Así que intento erosionar la solidez del cargo que me ha asignado:

—Digamos que le echo una mano con el papeleo y la agenda.

—En eso consiste el secretariado, si mal no recuerdo.

Romero celebra con una risita pastosa su propia ocurrencia. Busca con la mirada la aprobación de Milena, pero todo lo que consigue por respuesta es esa mueca suya tan característica de cuando algo le resulta embarazoso. Valiente capullo...

—¿No ha venido el señor Sardà?

Lo pregunto con la intención expresa de desatenderlo, mientras busco con la mirada entre la marea de asistentes que fluye hacia la salida.

—Me temo que el señor Sardà no se encuentra para estos viajes relámpago.

—¿Está enfermo?

—Está mayor —responde, tajante.

La tensión del momento es tan sólida que no podría cortarse ni con uno de esos cuchillos milagrosos de la teletienda. Sea como sea, Milena se las ingenia para renovar la conversación.

—Me decía... el señor Romero... que estamos invitados a una cena en casa de los Sardà antes de nuestras vacaciones. No creo que haya problemas con nuestra agenda, ¿verdad?

Nunca he sido un gran aficionado a las visitas de cortesía, y aún menos a las que se gestionan a través de un greñudo insolente, de modo que procuro que no se me note demasiado la desgana que me inspira este plato:

—¿Cuándo sería exactamente esa cena?

El tal Romero se apresura en responder con una entonación que se balancea de forma velada entre lo informativo y lo imperativo.

—Mañana.

—Se nos presenta el día liadísimo, Milena. Recuerda que tienes entrevista en la radio.

—A mediodía, si mal no recuerdo.

—Ya, y por la tarde querías visitar a tu madre. Lo veo todo un poco apresurado. ¿No podemos aplazar la cena? Es una locura buscar un vuelo a Barcelona con tan poca antelación. Por no mencionar que aunque lo encontráramos...

Los ojos de Milena son los de quien está a punto de presenciar, sin poder evitarlo, un espantoso accidente de tráfico. Pero se equivoca: no saco a relucir el vil metal. Pese a que lo justo sería que el señor Sardà nos costease todos los medios necesarios para materializar su caprichito de cena, evito hablar de dinero. Claro que el Greñas capta al vuelo el aparatoso pulso de miradas y lo deja traslucir con una sonrisa que se cree críptica.

—En realidad —me informa, flemático—, los señores suelen pasar la primavera en una propiedad que tienen en Segovia. La cena será allí, por supuesto.

—Pues no se hable más —concluyo con rapidez, tratando de sonar lo más desenfadado posible.

Milena asiente con esa sonrisa más bien rúcana que esboza cuando no está muy convencida de algo, aunque dudo que él se haya apercebido siquiera. No sé qué es lo que no acaba de cuajarle en este plan (máxime, dadas las veces que me ha hablado de los Sardà como si fueran de la familia), pero confío en que luego me ponga al día.

—Me ha gustado verte —añade Milena—. Y disculpa el *tostazo* de conferencia. Estaba muy nerviosa.

Lo dice entre risas, pero puedo asegurar que he visto alfombras de poliéster menos artificiales que el desenfado que exhibe en estos momentos.

—No digas eso —responde el Greñas, con una solemnidad tan rancia que casi atufa a bolitas de alcanfor—. Antes te comentaba que tus estudios me parecen asombrosos y no he exagerado en absoluto. Podría haberte transmitido la invitación por teléfono, ¿cierto? Pero he preferido venir en persona. Además, desde que te has convertido en una vienesa decadente, no hay manera de verte el pelo. Bastante triste es que tengamos que conformarnos con seguir tu programa por Internet, aunque eso sí, te aseguro que ninguna semana me lo pierdo. Ni yo ni el señor Sardà. Insiste en que le descargue los programas y se los grabe en un DVD, para después verlo en ese reproductor prehistórico que tiene. Por supuesto, no hace falta que te pida que esto quede entre tú y yo.

Los dos se echan a reír de nuevo y Milena rubrica su voto de silencio con un gesto de solemnidad grandilocuente que parece tomar prestado de su interlocutor.

—Ahora en serio —prosigue el Greñas, en un tono más grave—: no soportaría haber desaprovechado la oportunidad de saludarte. Y de comprobar que estás aún más guapa y deslumbrante al natural que en tu programa. Me has dejado sin palabras, Milena. De verdad que lo has hecho.

El comentario provoca en ella una sonrisa nerviosa de incomodidad. Yo solo me miro el reloj y carraspeo para hacerme notar, asqueado por cómo lo que podría haber sido un amable pipero ha acabado convertido en el flirteo romántico de un baboso. Por desgracia, el sonido que emito se parece más a un gruñido ronco que a un sutil carraspeo. No es de extrañar que el Greñas haga como si no hubiera oído mi fallida nota de atención. O al menos, como si la atribuyera a la falta de humidificador en la estancia. Sea como fuere, parece que ya no hay mucho más que

añadir por parte de nadie. Solo después de invitarle a que se quede a cenar con nosotros (invitación que, para mi alivio, declina tan ranciamente como cabía esperar), Milena promete que allí estaremos mañana por la noche. Él, simplemente, se despide. De ella, con un gesto caballeroso de lo más trasnochado; de mí, con un frío asentimiento de cabeza. Tan pronto como nos quedamos por fin solos en el vestíbulo, a salvo de fans, curiosos y organizadores, Milena no se demora en dedicarme una mirada de desaprobación.

—Has estado un poquito grueso con Romero.

—Será por lo gordo que me ha caído. ¿Pero tú has visto al mequetrefe ese? —Intento imitarlo con un falsete que en ningún momento aspira a parecerse en nada a su tono de voz—. *En eso consiste el secretariado, si mal no recuerdo.* Y «señor», se hace llamar... «Señor», nada menos. ¿Cómo alguien con semejantes pintas de perroflauta aburguesado tiene la jeta de autocalificarse «señor»?

Pese a su empeño por no ceder, acabo consiguiendo que se ría.

—Vale, quizá se lo tenía merecido —concede, mientras comienza a bajar la escalinata en dirección a la salida—. Su comportamiento ha sido algo arrogante.

—Por no mencionar que se ha dejado la lengua flirteando contigo.

—Ya, bueno...

—¿Cómo que *ya, bueno*? ¿A ti te parece normal? ¿Y con tu marido delante, para mayor guasa?

—Siempre lo ha hecho, cariño. Y no hay que darle mayor importancia, créeme. Todo es pura...

Se señala un par de veces el labio inferior con el dedo índice.

—Mucho me parece a mí que lo disculpas. A ver si resulta que el *moñas* este ha sido algo más que un simple conocido.

Milena tuerce el gesto como si alguien le estuviera aspirando la cara desde la nuca.

—¡Pero qué cosas dices! Más que un simple conocido y menos que un buen amigo, no hay más misterio. Él también veraneaba en Sitges, como yo.

—Y como la familia Sardà, claro.

Ante la sola mención del apellido, compone un gesto adusto que, en cualquier caso, desaparece tan pronto como había aparecido.

—Allí nos conocimos todos —aclara.

—Pues no comprendo a santo de qué lo llamas «señor» Romero. ¿Porque este cuánto nos lleva? ¿Diez años?

—Cosas tuyas.

Se detiene, introduce la mano en el bolsillo trasero del pantalón y me tiende una tarjeta en color hueso con los bordes dorados. Supongo que se la ha entregado él antes. En el centro puede leerse: *Sr. Romero Usía. Secretario personal de Didac Sardà.* Naturalmente, es más de lo que puedo resistir. Cuando Milena ve que me río, no vacila en arrebatarme la tarjeta. La oculta de nuevo en el bolsillo trasero y sigue descendiendo la escalinata.

—Lo sé, lo sé... —concede, intentando restar importancia a la prueba—. En realidad, siempre ha sido un poco redicho. Con veinte años, era el tipo de chico que abría las puertas a las damas y se ponía de pie cuando alguna se sentaba a la mesa, no sé si me entiendes. Lo hacía incluso conmigo, que no era más que una cría cuando él se autoconvenció de haber nacido en la época equivocada. Como te puedes imaginar, las madres lo adoraban tanto como a las hijas nos horrorizaba. Aunque también es cierto que algunas lo llevábamos mejor que otras. Mi amiga Isabel, la hija de los Sardà, no podía ni verlo. Lo trataba fatal, al pobre. Decía que sus modales le provocaban ardor de estómago. Y ahora que lo pienso, supongo que eso explica que haya conseguido este empleo.

—¿A qué te refieres?

—A que los padres de Isabel vienen del mundo que vienen, tienen la edad que tienen y, por tanto, nada aprecian tanto como la educación y las buenas formas. Bueno, en el caso de la madre, también los viejos valores.

—Y tan viejos: el diseño de esa camiseta debe de tener por lo menos veinte años. ¿No la puso de moda Axl Rose?

—Dudo que la lleve en presencia de los Sardà. Al menos, delante de la madre. Porque al padre sí es cierto que todas estas cosas de la estética le dan un poco más igual: siempre y cuando no levantes mucho la voz, mastiques con la boca cerrada y le pidas las cosas «por favor», no creo que le importe mucho si llevas una coleta, un *piercing* en la ceja o un tatuaje en el cogote.

—Pues no lo entiendo. Pensé que valoraba las buenas formas...

—Y de buenas formas hablo. Seguro que en esta vida ha conocido a agentes «encorbatados» mucho más zafios que su secretario, créeme. En todo caso, tampoco me imagino a Romero andando por casa de los Sardà con el pelo suelto. Seguro que se lo recoge en una coleta. Sea como sea, mostraba un aspecto muy extraño. No es su estilo.

—Quizá se haya echado una novia motera —bromeo.

—Nunca ha tenido tanta imaginación como para eso. Él siempre ha sido muy conservador, por no decir...

—Elitista.

—No se te ha escapado una.

—Tampoco es mérito mío: bastaba con fijarse en cómo me miraba. Parecía que hubiese encontrado un pelo en su sopa.

—Pero qué bruto eres... Aunque, sí, supongo que no te aprueba. Debe de pensar que no eres mi tipo. O lo que él supone que es mi tipo.

—¿Y cuál supone él que es tu tipo?

Aún no he acabado de formular mi pregunta cuando ya me he arrepentido de ella. Ha sido un gesto torpe. Un flirteo mal calculado. Casi un golpe bajo. Las milésimas de segundo que siguen se convierten en una eternidad insoportable, sin embargo Milena no parece afectada en absoluto por mi movimiento en falso. Y si lo está, desde luego no va a permitir que nadie lo note. Ni siquiera yo. Cualquiera diría que se toma mi pregunta como si nada, con la despreocupación con que sé que jamás se la tomaría en privado. En tal tesitura, una disculpa por mi parte se convierte de pronto en un gesto irrelevante, por no decir fuera de lugar. No aquí. No ahora. Cuando Milena responde, lo hace encogiendo los hombros y frunciendo los labios. Como si no le hubiera dolido. Como si tuviera la piel de un rinoceronte.

—¿Mi tipo? Alguien con gafas, seguramente.

Intento seguirle la broma, pero esta vez lo hago con pies de plomo. Con tonteos bien calculados que no puedan provocar situaciones incómodas. Con palabras que, en definitiva, no puedan conjurar fantasmas. Me observo los brazos con detenimiento. Después, me los palpo.

—¿Demasiado músculo como para ofrecer algo serio?

—No seas tonto. Ya sabes que a mi gorila no lo cambio por nada del mundo.

Lo dice con una sonrisa escueta, tan pequeña que apenas da cabida a credibilidad alguna. La distensión fingida del momento también empieza a empequeñecer. Y yo, en cierto modo, me siento aliviado de que las capas de pintura se desconchen y todo lo que quede debajo sea el ladrillo desnudo de la conversación.

—Tu gorila... —repito, pensativo—. Mejor será que reserves tu encanto natural para mañana. Sospecho que lo vas a necesitar.

El semblante se le ensombrece ante la sola mención de la cena.

—¿Se me ha notado mucho? —tantea.

—Hay reos que caminan más predispuestos al cadalso que tú a esa cena, cariño. Pero no lo entiendo: creí que había buena relación con los Sardà. Que los considerabas como de la familia.

—Y ya conoces cómo son algunas familias —rezonga—. La última vez que los vi fue hace demasiados años y no en las mejores circunstancias. Además, sabes que siempre hubo cierta tirantez entre la esposa del señor Sardà y yo.

—Una zorra fría como un témpano.

Sus ojos me propinan algo parecido a un codazo.

—Nunca he usado esa palabra —se queja, aunque no tarda en ceder—. Pero sí, podría decirse que Camille Lemaire era... No me atrevería a decir que fría, pero sin duda distante.

—Prima donna de la vieja escuela —concluyo—. Porque es soprano, ¿verdad?

—Ahora ya no sé hasta qué punto. Lo de su hija Isabel la machacó mucho. Pero antes de eso ya se había recorrido el mundo con sus actuaciones. Soprano de toda la vida, según ella. Le encantaba jactarse de que, con solo dieciséis años, ya impartía clases de canto a las mejores familias de Europa —explica mientras acabamos de bajar los últimos peldaños que acceden al amplio vestíbulo—. Lo irónico es que, durante los primeros veranos, Camille me trataba con mucha corrección. Incluso con simpatía. Como cualquiera trataría al hijo de sus vecinos. Pero desde la muerte de mi padre y... bueno, lo de mi madre... todo cambió drásticamente. Supongo que era de esperar, dadas sus convicciones religiosas.

—¿Convicciones religiosas?

Chasquea la lengua, como si la respuesta le pareciera evidente.

—No puedes pedirle a una católica acérrima que siga viendo con buenos ojos a una niña que, de pronto, sale con ideas raras sobre visiones infernales. Ocurrió lo que tenía que ocurrir: de un verano para otro, dejé de ser la amistad ideal para su hija.

Milena se aproxima a la recepción y, con una templanza tal que nadie diría que acaba de estar refiriendo oscuras historias personales, solicita que nos pidan un taxi para dentro de diez minutos. Supongo que ha decidido concederse ese margen de tiempo para acabar de limar detalles. Decidimos esperar en un rincón discreto del vestíbulo, donde no entorpecamos demasiado el flujo de visitantes, pero sobre todo donde podamos continuar la conversación a resguardo de curiosos.

—Por suerte —prosigue—, con el señor Sardà siempre fue mucho más fácil. Él siempre alentó mi amistad con Isabel. Al menos, durante los años en que pude seguir volviendo a Sitges con mi madre. Y no lo digo solo porque sea un ateo convencido y los fanatismos de la Iglesia le resbalen. —Transportada por sus recuerdos, bosqueja una sonrisa con visos de cierta malicia subterránea—. No sabes cómo es de tozudo. Jamás he conocido a un defensor más acérrimo de aquella frase de Nietzsche. La que reza que Dios ha muerto.

Mi cara debe de haberse convertido, sin que yo me entere, en un correveidile de mis propios pensamientos, pues Milena se apresura en matizarme que no hay tal contradicción donde yo la veo:

—Tampoco te sorprendas tanto. Dicen que los polos opuestos se atraen, ¿no? Además, los señores Sardà han tenido tiempo más que suficiente para limar asperezas y ajustar la balanza. Eso cuando no ha sido él quien ha dado el brazo a torcer, claro, lo cual me consta que es casi siempre. Solo en una ocasión se mantuvo firme en sus convicciones, que yo sepa. Y por poco acaba con su matrimonio.

Le dedico mi cara más gráfica de ser todo oídos.

—Nunca bautizaron a Isabel —responde—. Al menos, eso fue lo que me dijo ella. Por lo visto, para el señor Sardà era muy importante que su hija pudiera decidir por sí misma si quería o no formar parte de una religión. Simplemente, se negaba a en-

grosar las listas de tantos otros padres que acaban bautizando a sus hijos más por inercia que por convicción. Así que ya puedes imaginarte el escándalo que supuso aquello, incluso en la España de los ochenta, y sobre todo en la familia de su mujer, que no quiero ni imaginarme cómo debió de tomarse el asunto... En todo caso, el señor Sardà supo negociar. Supongo que no cabía esperar otra opción de un hombre de negocios como él.

—¿Y cuál fue el acuerdo? Porque supongo que hubo un acuerdo.

—Muy sencillo: a Isabel no la bautizarían, pero sí le darían una educación religiosa.

Sacudo la cabeza, como si la idea que acaba de expresarme fuera un chupito de tequila tomado a palo seco.

—¿Pero qué sentido tiene eso?

—Uno puramente salomónico, digo yo. La idea era ir proporcionándole los datos necesarios para que, llegada a la edad adulta, tomara una decisión.

—Muy pragmáticos —observo con marcada ironía—, pero siempre estaría bastante condicionada por su madre.

—Y por su padre, me imagino.

—Joder... La debieron de haber vuelto loca entre los dos.

—No les faltó mucho. Pero Isabel siempre ha sido un junco, créeme. Podría doblarse hasta el límite, pero nunca se partía. En esas cosas siempre fue una superviviente nata. Si la vida la desmontaba, ella recogía las piezas y se reconstruía. No le iba el rol de víctima. Es más, sospecho que en el fondo se burlaba de los dos.

—¿De sus padres?

—Quiero decir que no se los tomaba muy en serio —puntualiza con rapidez—. O no siempre. Ten en cuenta que Camille fue madre a los cincuenta y tantos años.

—Joder... ¿Se puede a esas edades? Pensé que era imposible.

El adjetivo «imposible» nos sobrevuela con aleteos negros. Pero, por una vez, Milena parece incapaz de ver las plumas de ese pájaro agorero.

—Improbable —especifica—. De alto riesgo. Pero no imposible. Supongo que tuvieron suerte. El caso es que, con padres tan mayores, ya puedes imaginarte lo complicada que era de salida la relación de Isabel con ellos. Las diferencias generacionales que separan habitualmente a padres e hijos eran en este caso una fosa submarina. Como si vinieran de planetas distintos. Si a ello sumamos los asuntos religiosos que te comentaba antes...

—¡Qué disparate de casa!

—Pura contradicción. Por no mencionar que, pese a lo escéptico que es el señor Sardà, resulta que le encanta todo lo que tenga que ver con lo que él llama «la parapsicología».

—A ver que me aclare: no cree en Dios, pero cree en el monstruo del lago Ness. Muy lógico todo...

Milena apunta una sonrisa pequeña, tan franca que podría considerarse risueña.

—Él suele decir que no cree en ningún barbudo todopoderoso subido a una nube, pero sí en que pueda haber algo más allá de lo que vemos. Energías... —La sonrisa crece con los recuerdos—. En Sitges tenía una biblioteca llena de viejos tomos y chucherías de anticuario. Le encantaba mostrarme sus últimas adquisiciones cada vez que me dejaba caer por allí, igual que un chiquillo fardando de sus cromos nuevos. Y eso a su hija la ponía... vamos, de los nervios. A veces llegué a pensar que estaba un poco celosa. ¿Te lo puedes creer?

—¿Celosa por qué?

—No sé, porque me llevara tan bien con su padre, supongo. Hay a quien no le gusta mezclar las cosas. En todo caso, no me sorprendería en absoluto que lo de la cena haya sido idea del señor Sardà, y que su mujer ni siquiera esté al corriente. Tampoco sería la primera vez.

—A ver si quien va a tener que ponerse celoso ahora soy yo.

—No seas bobo —zanja, lacónica—. Pero bueno, el problema no es que me lleve mejor con uno que con otro... o al menos, no lo es del todo. Lo que me bloquea es no haberme interesado más en todo este tiempo. Me avergüenza haber estado culpando al trabajo, cuando en el fondo supongo que me alejé adrede.

—A resultas de la muerte de su hija —aventuro.

—Nadie ha dicho que Isabel muriera, Diego. Solo está desaparecida.

—Cierto —respondo, con un tono más próximo a la disculpa que a la mera afirmación—. Es que como hace tanto tiempo ya de...

—No pasa nada —me interrumpe—. Pero sí, es evidente que la desaparición de Isabel enfrió mi relación con sus padres. Cuando el único lazo que te une a alguien es el de la pérdida, no es raro que pasen estas cosas.

La gravedad aumentada de su voz parece presentar algún doblez de más. Como si, al hablar de una pérdida, hubiera conjurado sin quererlo las otras que procura mantener encerradas bajo llave. Demonios cruzados. Uno por otro. Siento la urgencia de alentarla con un abrazo, pero mis urgencias son poco exigentes, así que me quedo donde estoy. Al menos, hasta que el chico de la recepción nos indica con un ademán que el taxi nos espera afuera. Me sorprende que le baste con ese gesto tan sencillo para ahuyentar de un plumazo los fantasmas del pasado. Me sorprende que a mí me cueste el triple andar el mismo camino. En todo caso, Milena retorna al mundo de los demás. Y lo hace cruzando apresurada el vestíbulo y haciendo girar la puerta que nos devolverá a las calles congestionadas de Madrid. Para cuando da la dirección al taxista, nadie diría que una joven tan serena hubiera perdido nada en esta vida.

El día ha amanecido con temperaturas algo más tibias que ayer, pero a medida que pasaban las horas, el cielo se ha encapotado hasta acabar convertido en un amasijo de tripas negruzcas. Para primeras horas de la tarde, Madrid ha quedado cubierto por un espejo de anillos de lluvia. No ha sido hasta hace un momento, mientras esperaba a Milena en el vestíbulo de la residencia, que se me ha ocurrido observar cierto paralelismo entre la evolución atmosférica y la de su ánimo a lo largo del día. Pues si bien ha despertado inusualmente descansada, gracias a un sueño limpio de sus habituales pesadillas, el desaliento no ha tardado en posarse sobre su cara igual que una máscara de polvo. Desaliento que, sea como sea, no me viene de nuevo. Al contrario, si viene de algo es de largo.

La última vez que le vi un semblante parecido fue hace ya un par de años, tras su aparición en uno de los programas de máxima audiencia de la televisión italiana. La experiencia resultó descorazonadora, pues no le dieron la menor oportunidad de defender su trabajo. Al parecer, ya habían decidido de antemano que la supuesta entrevista iba a ser una operación de acoso y derribo y, por lo tanto, allí no había mucho más de que hablar. Poco importaron sus esfuerzos por enderezar el tono de la entrevista, pues toda la complicidad que consiguió del público asistente fueron sucesivas carcajadas ante los chistes escépticos del presentador. La experiencia la dejó tan impotente y decepcionada a nivel anímico que, desde entonces, Milena escoge sus colaboraciones con pies de plomo. Naturalmente, eso no impide que siempre se encuentre con algún nuevo capullo dispuesto a intentar derribar sus certezas a sarcasmo limpio, pero Milena ya se ha fogueado lo bastante en todo este tiempo como para haber aprendido a esquivar los ataques con predisposición y elegancia. *No hay nada más predecible y ciego que el raciocinio*, suele afirmar, *Conocido uno, conocidos todos*.

De modo que, aunque esta mañana daba por hecho que capearía con su destreza acostumbrada la entrevista en la radio, solo al término de la misma he advertido qué era en verdad lo que tanto la desanimaba. Nada que ver con ese esfuerzo adicional en la promoción, por supuesto, ni tampoco con la perspectiva de cena con los Sardà. Se trataba de algo más sencillo y, a la vez, más complicado que todo eso: la visita a su madre. El espeso silencio que ha jalonado el camino a la residencia ha servido para despejar toda duda al respecto. Y como ocurre siempre que la voluntad de Milena se convierte en una cremallera trabada, me he limitado a estar cerca sin estorbar demasiado. Supongo que el hecho de que yo ni siquiera haya conocido a mis padres hace que vea a los de los demás con cierta fascinación reverencial. No necesariamente como algo que quisiera para mí, sino como algo que me intriga y me repele al mismo tiempo. Claro que, si a ello sumamos la particular situación de la madre de Milena, mi habitual fascinación distanciada se convierte en ineptitud consumada.

El edificio al que llamamos «la residencia» (ya no a falta de un nombre más adecuado, sino a falta de un nombre a secas) es un bloque de ladrillo rojizo cercado por una alta verja de hierro. La última vez que estuve en él fue hace poco menos de dos años y, a decir verdad, sigue tan descuidado como siempre. Las zonas calvas en el escueto jardín, que bordea la verja con sus árboles huesudos. Las mellas en el ladrillo, los lunares de herrumbre, los moretones de humedad. Todo en su sitio. Y aun así, me siento extrañamente desubicado, como si nunca antes hubiera pisado este sitio. Lo cual, en cierta manera, no deja de ser cierto. A fin de cuentas, esta es la primera vez que lo visito no en calidad de empleado, sino de visitante.

Nos atiende una recepcionista a quien no conozco, aunque eso no necesariamente significa que sea nueva, dado el tiempo que hace que no me dejo caer por aquí. Se trata de una mujer

de hombros anchos y brazos robustos, a medio camino entre la constitución fuerte y la obesidad rotunda. En eso me recuerda un poco a la madre de Milena. Quiero decir a la madre que he visto en viejas fotos, no a la sombra de sí misma que muere en vida entre estos muros. La recepcionista debe de bordear los cincuenta y, a la vista del economizado maquillaje y de la profusión de canas, no parece muy preocupada por vender a nadie una edad que ya no tiene. Se la ve muy afanada en teclear algo en su ordenador, pero no lo suficiente como para que le pasemos inadvertidos. Antes de que llegemos a recepción, ya está saludando a Milena con una voz cantarina y a la vez neutra, que se me antoja robada de la garganta de otra.

—¡Milena, cariño, qué alegría verte!

—Hola, Adela. ¿Qué tal todo por aquí?

—Pues ya ves. Esta semana, tranquilita. Por lo menos, de pasillo hacia dentro... porque lo que es una, te digo que no doy abasto con tanto papeleo. Yo no sé qué tripa se les ha roto a todas, que me han hecho remover los archivos de arriba abajo.

—¿Y eso?

—Se ve que esperan una visita de alguien del Ministerio de Sanidad esta semana. Y si todo va bien, es decir, si servidora —dice señalándose a sí misma con el dedo índice— hace bien su trabajo, es bastante posible que nos concedan una subvención. ¿Qué te parece?

—Que ya iba siendo hora.

—Pues sí. Porque no es por nada, pero ya nos hemos quedado hasta sin máquina de café. Y como el presupuesto no da para más...

Adela se cerciora de que nadie viene por el pasillo.

—O eso es lo que aseguran las de arriba, claro —cuchichea—. Que digo yo que no es por meterme donde no me llaman, pero bien que agasajan con sus buenas cenas a cualquier enviado papal que se deja caer por aquí. Total, ¿para qué? ¿Para que digan

que lo que tenemos ahí dentro solo es una manada de histéricos con problemas mentales? Yo lo flipo, cariño: tres veces nos han denegado ya la subvención papal, bien lo sabes.

—¿Pero habéis recibido a algún enviado vaticano últimamente?

—Pues lo que se dice este año, no. Y no será porque las jefas no lo han intentado. —De pronto, detiene su verborrea y trata de hacer memoria—. Aunque quienes sí nos visitaron a finales de año fueron unos banqueros.

Los ojos de Milena se nublan de preocupación. Hipotecas y embargos aletean en sus pupilas. Nuevos dramas que, a fuerza de repetirse en la prensa, se han vuelto viejos.

—¿Unos banqueros?

—Bueno, el banquero era él —rectifica Adela—. Un señor alto, guapísimo, con las canas muy bien puestas. De los que a mí me gustan. Ya sabes que yo no conozco término medio, ¿qué le vamos a hacer? Soy así de extrema, cari: a mí me van los que podrían ser mi hijo o los que podrían ser mi abuelo. Y este podría ser mi abuelo. ¡Pero *agüita* qué abuelo! Con lo mayor que era, venía hecho un figurín, qué mono él. Su señora esposa, no: ella era la típica ricachona hortera que no dice ni mu. ¿Sabes a lo que me refiero? Una de esas con una permanente exageradísima, de las que no se quitan las gafas de sol ni para ir al retrete.

La expresión «señora esposa» parece obrar un efecto balsámico en Milena. Su semblante se apacigua conforme se agranda la distancia entre las negras suposiciones que había compuesto y el tono definitivamente rosa de las palabras de Adela.

—¿Entonces venían a internar a algún familiar?

—Yo fue lo primero que pensé, claro. Pero no, nena, aquí no han entrado internos nuevos desde el año pasado. Ya *a posteriori* me enteré de que, por lo visto, venían a hacer un donativo. Que ya me explicarás tú qué ganas tiene un banquero de hacer un donativo, con la que está cayendo. Y con la que nos han

liado, los muy sinvergüenzas. ¡Un banquero! De lo más inverosímil, vaya. Pero, claro, aquí todos a escuchar y a callar, porque poderoso caballero es don dinero. Lo cual, dicho sea de paso, no deja de tocarme la moral, pues aquí servidora lleva ya medio año sin poder meterse un café entre pecho y espalda por culpa de la máquina estropeada y, si dicen que no hay presupuesto, a ver: ¿dónde puñetas ha ido a parar el supuesto dinero que el banquero y su señora nos regalaron por caridad? Encima, seguro que les organizaron su buena cena y su buena parafernalia, claro que sí, a bailarles bien el agua. A mí, en confianza te lo cuento por ser tú, Milena, me tienen hasta el moño.

Hace una pausa breve, supongo que para tomar aire, porque enseguida vuelve a la carga.

—Y una cosa te digo: si no me he largado ya es porque, incluso con la miseria que cobro, sé que no está el país como para hacer el tonto... ¿A dónde voy yo ahora, con mi edad y una hipoteca a cuestas? Dímelo tú. Justo ayer desahuciaron a una familia frente a mi casa. ¿Te lo puedes creer? No es que comiera con ellos todos los días, quiero decir que tampoco es que los conociera como la palma de mi mano, pero yo pensaba que las cosas les iban bien. O normal, vaya. Como a mí. Como a cualquier otro vecino. A Dios gracias, a día de hoy todavía no puedo decir que haya visto a nadie buscando alimentos en los contenedores del súper de la esquina, para que me entiendas. Sin embargo, ya ves a aquellos pobres: de un día para otro, como quien dice... ¡A la puñetera calle! Por eso te aseguro que, de no ser porque las cosas están como están, ya habría mandado a todas esas con viento fresco. Ya lo creo que sí.

Conforme el cariz de la conversación se ha vuelto más comprometedor, el tono de la recepcionista parlanchina ha ido bajando de volumen hasta acabar convertido en un susurro solo audible para nosotros. Al final, ni siquiera un susurro: un más que reconfortante silencio. Milena aprovecha el respiro que nos

ha dado el tiempo muerto de dramas ajenos para tratar de meter un poco de baza.

—¿Y mi madre cómo está? ¿Sabes si ha dado mucha guerra en estos meses?

Entiendo que prefiera preguntar a Adela. Con lo larga que tiene la lengua esta mujer, seguro que es la única que no se va con rodeos. Porque lo que es a ojos de la directora, todo marcha siempre como la seda. No la culpo: el suyo es un mecanismo como cualquier otro para tranquilizar a los familiares y seguir reteniendo los fondos e intereses y así, en definitiva, evitar que desvíen a los internos a otros sitios (si otros sitios existieran, dadas las circunstancias). Sin embargo, la maniobra no deja de resultar un tanto descuidada, máxime cuando son justo los lugares que más paz parecen respirar los que menos resultan tenerla.

—Que yo sepa, ha dado poco la lata —responde la recepcionista—. Es decir, no más allá de lo normal, tú ya me entiendes. ¿Quieres pasar ya? Enseguida aviso a la directora.

Milena asiente y las facciones se le ensombrecen con ese halo de inquietud que la siluetea cuando la conversación gira en torno a su madre. Me pregunta de nuevo si me molesta esperar aquí durante el tiempo que dure la visita. Claro que no. Con un poco de suerte, puede que incluso me tope con alguno de mis viejos compañeros, aunque lo cierto es que no apostaría por ello. Parece que la recepcionista no es lo único que ha cambiado desde que dejé mi puesto. Los recortes y las reestructuraciones de plantilla se han convertido en el pan mohoso de cada día en estos tiempos donde todo cambia para que nada cambie. Aún de pie, observo alrededor y no consigo escapar a la extrañeza que me inspira el lugar. Si el exterior sigue tan descuidado como siempre, salta a la vista que el interior ha corrido mejor suerte. Sin duda, como resultado de esa operación de adecentamiento para captar las ayudas o bien gubernamentales o bien papales,

pero que en todo caso nunca llegan. Algunos desconchones de menos y alguna mano de pintura de más. Y sin embargo, sé que mi desubicación no tiene tanto que ver con esas reformas como con el modo con el que siento que este sitio ya no es el mío.

La primera vez que puse el pie aquí, en cambio, casi podía sentirme como en casa. A decir verdad, no me pareció que fuera tan distinto a la pensión de mala muerte donde había estado viviendo hasta entonces. Desde luego, estaba igual de mal iluminado y olía peor, sobre todo por culpa de aquel tufo a desinfectante que apenas ahogaba los efluvios de lo que iban dejando por ahí los internos. Supe de la existencia de la residencia gracias a otro chico de la calle, un viejo amigo del orfanato a quien llamábamos Rata porque era igual de feo, canijo y escurridizo que ellas. Los dos solíamos ganarnos la vida participando en combates de boxeo clandestinos y, al igual que la mayoría de los otros chicos, no estábamos metidos en aquel mundo precisamente por vocación. Alguna vez habíamos hablado de dejarlo, pero ya se sabe lo que suele ocurrir en estos casos, y más cuando se hace apostado en la barra de un tugurio: que al día siguiente, se te ha escurrido la determinación por la taza del váter.

Cuando mi último combate se torció más de la cuenta y mi contrincante me hizo morder el polvo, la lona y parte del cemento, me vi obligado a un tiempo de baja forzada y, con él, a experimentar en mis carnes uno de los clichés que más detesto: el replanteamiento vital sin cervezas de por medio. Y fue así, en una de sus visitas, que el bueno de Rata me habló de este sitio. Dijo que no pagaban gran cosa, pero que por lo menos te ofrecían techo y comida por un servicio relativamente fácil. Las demás condiciones también eran muy simples, tal y como pude comprobar tan pronto como me dejé caer por el centro: nada de remilgos y nada de preguntas. Lo cierto es que a veces se comportaban más como mafiosas que como monjas. La directora del centro, que fue quien me atendió, redondeó la oferta diciendo

que no buscaban personal muy cualificado para aquel puesto, pero sí que tuviera cierta constitución y cierta templanza. Por supuesto, acepté sin entrar en grandes deliberaciones. Llevaba arrastrando serios problemas para pagar al casero desde hacía casi dos meses, de modo que con la promesa de un techo y comida me hubiera dado por satisfecho.

Técnicamente, se suponía que mi cargo era el de celador, así que lo más especializado que hice fue abrir alguna botella de agua oxigenada con el tapón demasiado prieto. De vez en cuando, me cuestionaba hasta qué punto era necesario que los celadores lleváramos bata blanca, pero sospecho que debía de haber una explicación psicológica para ello. Me imagino que los uniformes nunca generan muchas preguntas, no sé si me explico. En todo caso, nuestra función última consistía más bien en ofrecer protección. A los de dentro, de los internos; y más a menudo, a los internos, de sí mismos. Asegurarnos de que las correas de las camas estaban bien sujetas o que las cadenas seguían incrustadas en la pared. Ese tipo de cosas.

Puede sonar exagerado, incluso cruel, pero hay que estar allí dentro para entender lo que se cuece. Por eso me exaspera la actitud de esos fundamentalistas del raciocinio a quienes tanto divierte mirar a Milena por encima del hombro. Cuando has estado donde yo he estado y has visto lo que yo he visto, tu escepticismo pasa a ser el saco de boxeo con el que se desfoga todo aquello que no entiendes. En mi caso, fue a los pocos días de haber comenzado a trabajar cuando me di cuenta de que los internos de aquella institución no eran meros enfermos mentales. Y es que, por suerte, no siempre se dedican a hacer de las suyas. Algunos, como la madre de Milena, suelen encerrarse en un estado de ensimismamiento que podría confundirse con un caso agudo de autismo. Por lo que respecta a los menos pacíficos, solo se los seda para mantenerlos a raya. Lo malo es cuando el presupuesto no alcanza para sedantes... o cuando merma el

efecto de los mismos. En estos casos, lo más común es que los internos se limiten a intentar desabrochar las correas que los mantienen sujetos, lo cual ya de por sí resulta un espectáculo lo bastante espeluznante para alguien mínimamente impresionable. Les basta con observar las tiras de cuero con sus ojos enloquecidos hasta que estas se retuercen, giran y se aflojan como manipuladas por unos dedos invisibles. Otras veces se autolesionan, sobre todo cuando están hambrientos, y por eso no es raro ver a más de un interno que porta una especie de bozal a cualquier hora del día.

Mi primera experiencia, en este sentido, fue con Katrina Seceleanu. Nunca lo olvidaré. Era una joven rumana que vivía en las calles, la buena de Katrina. Uno de esos casos insólitos de altruismo total en los que la residencia accedía a hacerse cargo de alguien por quien nadie podía responder ni aportar fondos. A duras penas hablaba español, pero todos sospechábamos que se prostituía. Por comida, en el mejor caso. Por drogas, en el peor. Para sobrevivir, en ambos. Sobrevivir a sí misma, a las adversidades de la vida o a las de la mafia. Llegó con el vientre hinchado y lleno de arañazos que se había provocado ella misma. Gruñía y garabateaba palabras incomprensibles en el aire, mientras con los puños se golpeaba el estómago. Supuse que no soportaba la idea de haberse quedado preñada en las calles de un país que ni siquiera era el suyo. Imaginé el problema que le suponía tener que hacerse cargo de otra boca que alimentar, en tales circunstancias. Visualicé la locura enseñoreándose de sus articulaciones, obligándola a deshacerse de su problema tras el contenedor de cualquier calle, hasta convertirlo en otra triste noticia de las páginas de sucesos.

En cualquier caso, no pude vaticinar que el demonio del que hablaban las hermanas fuera tan literal. Al menos, no hasta que lo vi con mis propios ojos aquella noche, camuflado bajo el cuerpo de una Katrina Seceleanu que había reptado hasta el techo

de su habitación. Allí permaneció agazapada su silueta engañosamente endeble hasta que fueron a llevarle la cena. No resultó nada fácil quitársela de encima al pobre celador encargado de llevarle la bandeja con la cena y la medicación. A los pocos días, sin embargo, encontramos vacía su celda. Algunos dicen que logró escapar; otros, que su desaparición fue demasiado repentina como para tal explicación. Sea lo que fuere, ninguno de nosotros contaba con un sueldo tan generoso como para tomarnos la molestia de hacer muchas más preguntas.

Para Milena no fue una decisión fácil internar a su madre, pero a fin de cuentas, ¿acaso le quedaba otra alternativa? Y pensar que aquella especie de saco de tela empapada fue en otro tiempo una mujer lozana y voluntariosa, una mujer palpitante... Sin embargo, lo ocurrido en el desierto de Libia había ido devorando a la pobre con la gula domesticada de un *gourmet*. Poco a poco, pero de forma inexorable, la consumió hasta que su humanidad quedó erosionada por completo. Igual que si un viento surgido de las puertas del infierno que encontró bajo las arenas libias hubiera arrasado con todo lo que conformaba su identidad.

De este modo, a los pocos meses de su regreso a España, la brillante arqueóloga que buscaba bajo el desierto los vestigios de un templo dedicado a una antigua diosa de la fertilidad empezó a olvidar la ciencia que tan bien había conocido y trabajado. Al año siguiente, lo que olvidó fue que había abortado a un niño en tierras extranjeras. A los dos años, le tocó el turno al recuerdo de su difunto marido; y después, a su hija. Para cuando Milena cumplió diecisiete años, su madre se pasaba día y noche ensimismada frente al espejo, como si tratara de reconocerse en la imagen de aquella extraña con labios resquebrajados y ojos de pez. Boqueaba como si deseara exigir una explicación, o tal vez como si intentara pedir ayuda. En cualquiera de ambos casos, las cuerdas vocales la desobedecían. De algún modo, parecía

que el lenguaje ya no era algo que le correspondiera por naturaleza.

Sin embargo, por una de esas ironías de la vida, resulta que antes murió Herminia, la lustrosa tía de Milena (y su tutora legal durante algún tiempo) que la propia madre. Ocurrió cuando Milena acababa de cumplir veinte años, así que de pronto esta vio con impotencia cómo su vida, ya por aquel entonces bastante desestructurada, iba a cambiar para siempre. Sin la ayuda de su tía Herminia, ahora tendría que hacerse cargo a tiempo completo de su madre, o mejor dicho, de lo que quedaba de ella, todo lo cual anulaba de forma casi total cualquier plan de futuro que tuviera que ver consigo misma. Pero cuál fue su sorpresa cuando, en la lectura del testamento, se desveló que su tía había designado una cantidad de la herencia a internar a su hermana en un centro. El único de sus características en todo el mundo, de hecho. El único capaz de convocar, al mismo tiempo, el recelo y la esperanza de quienes se plantean solicitar sus servicios. Y es que, aunque de entrada los métodos de la institución provocan de forma invariable la suspicacia y el escándalo de los observadores ocasionales, puedo asegurar que los familiares de los internos siempre acaban apoyando cualquier medida que les quite de encima el peso que supone tener un endemoniado en casa. Milena, por supuesto, no fue una excepción.

Resulta irónico que sean precisamente los del Vaticano quienes desapruében de forma más encarnizada tal denominación. Evitan hablar en términos de posesiones y endemoniados. No les gusta hablar de exorcismos. Ya no. Sobre todo, desde su sonado intento oficial de lavado de cara, en vistas a ganarse a los adeptos que estos tiempos convulsos les han arrebatado con pulso firme. No se puede recuperar el terreno perdido a fuerza de echar palazos de tierra sobre uno mismo. Los fundamentalismos son cosas de otras religiones. ¿Endemoniados en pleno siglo XXI? ¿Dónde se ha visto eso? *Y es que el infierno tiene más*

de estado de ánimo, de conciencia, que de lugar físico y real. Esa frase se la oí a un cura en un programa de debates. Lo decía como si, en efecto, hubieran enviado al mismísimo infierno a un equipo de cartógrafos y estos hubieran regresado con las manos vacías. Menuda racionalidad de pega. Para redondear la jugada, la intervención de aquel sujeto en el susodicho programa también pasó por tratar a toda costa de desacreditar a Milena, a quien se refería como *una curandera de tercera regional, que vende mentiras de latón a precio de oro.*

Sin embargo, la labor de Milena nada tiene de exorcista, y aún menos de curandera. Yo bromeo con la idea de que se ha convertido en una especie de espantapájaros de demonios. Algo así como una «espantademonios», cuya mera presencia es más que suficiente para mantener a determinadas entidades alejadas de esos campos de cultivo que son algunas personas. Por lo tanto, nada de rituales romanos y salpicaduras de agua bendita: basta con que se quede de pie en mitad de la estancia donde la entidad demoníaca se alimenta con los ánimos del afectado, para que al final, asustadizo como un elefante frente a un ratoncillo, el huésped abandone la carcasa del anfitrión. No sé cómo lo hace, pero lo hace. De igual modo que espantó a los demonios en el desierto de Libia. Quizá lo lleve en la masa de la sangre. O quizá aquella experiencia iniciática le abrió una puerta, al mismo tiempo que le cerraba otra a su madre.

Sea como fuere, lo que está claro es que, ahora que el Vaticano casi al completo finge haberse vuelto más racional que la NASA, ahora que parece renegar de su pasado inquisitorial y que ya ni tan siquiera autoriza los exorcismos, Milena ha pasado a ser una amenaza. Una mosca cojonera. Sería muy ingenuo por mi parte si me sorprendiera de que el Papa deniegue su beneplácito a la actividad de Milena. Ni eso ni, por supuesto, de que se lo deniegue a una institución como la residencia. Al fin y al cabo, ambas parecen representar algunos de sus valores más

medievales. Es lógico que les dé la espalda. Incluso cuando las pruebas saltan a la vista como canguros psicóticos. En cualquier caso, lo que resulta obvio es que la madre de Milena no es una endemoniada. O al menos, ya no lo es. Quiero decir que lo que comenzó en aquellas excavaciones arqueológicas como una posesión interrumpida terminó por degradar su salud mental y física hasta hacerle pasar a un nuevo estadio un tanto más simple. Supongo que por eso la admitieron en la residencia, de todos modos. Porque, en cierta forma, prometía darles menos trabajo que ningún otro recluso (o internos, como ellas los llaman). Y así ha sido. La mujer nunca duerme, pero tampoco da demasiado la brasa. Sus autolesiones son ínfimas, comparadas con las de otros. Y a la hora de alimentarla, acaba siendo la más barata. De eso no cabe la menor duda.

—Milena me dijo que os conocisteis aquí.

Tardo unos segundos en razonar que alguien me está hablando; y otros más en deducir que se trata de Adela, la recepcionista. Supongo que es una de esas frases agonizantes que solo tratan de romper el hielo, así que respondo con un parco asentimiento. Para una persona tan parlanchina como ella debe de ser duro tener a alguien delante y verse obligada a permanecer callada tanto rato.

—No te imaginaba así para nada —prosigue.

—¿Así cómo?

Se encoge de hombros y arquea las cejas. Algo en la amplitud de su gesto me hace pensar que se ha arrepentido de haber hecho esa observación. Pero, si es así, está visto que el arrepentimiento le dura poco.

—Me dijo que, de todos los celadores, eras el que mejor trataba a su madre. Que siempre fuiste muy cariñoso con la pobre. Pero tienes las manos grandes.

—¿Y los hombres de manos grandes no somos cariñosos? —pregunto, divertido ante la nota de misterio de su última frase.

—Supongo que lo exteriorizáis menos.

Lo dice tan erudita que solo puedo reírme para mis adentros, preguntándome de la chistera de qué revista de peluquería se habrá sacado su hipótesis.

—También eres su secretario, ¿no?

—Más o menos —respondo, mientras paladeo el regusto a *déjà vu*—. Le echo una mano con el papeleo y la agenda.

—Debió de ser raro...

Supongo que espera que le pregunte el qué, pero, de nuevo, espera poco tiempo.

—Pasar de celador a secretario, digo.

—No más que de boxeador a celador —respondo con rapidez—. Todo es cuestión de cambiar el chip y poner de tu parte. No tiene secreto. ¿Cómo era aquel refrán? *La fuerza de voluntad es un recién nacido*.

—¿Eso es un refrán? —pregunta, entre confundida e incrédula—. Yo nunca lo había oído.

—Quizá lo encontré hojeando algún manual cutre de autoayuda. De joven, hubo una época en que me dio por perder el tiempo con esas lecturas. El caso es que venía a decir algo así como que la voluntad es igual que un bebé: si le das la teta a menudo, crece. Si no se la das, se muere en cuatro días.

Adela deja escapar una mueca sorprendida cuando sale a colación la palabra «lecturas». Supongo que su revista de peluquería también dudaba de la capacidad de los hombres de manos grandes para usar un libro. O para componer una frase subordinada sin armarse un lío antes de llegar al segundo verbo. Sea como sea, para cuando finalizo mi explicación, su mueca ha cambiado por otra. Ignoro dónde está el chiste, pero el caso es que le da por reírse.

—Milena también me comentó que a simple vista no lo pareces, pero que eres un tipo gracioso.

—A los feos no nos queda otra opción.

Vuelve a reírse y, de pronto, se atusa el pelo. Si no fuera porque podría ser la madre que nunca conocí, juraría que se ha puesto a flirtear.

—A mí no me pareces feo. De hecho, me recuerdas un poco a aquel actor... Creo que era francés... Sí, hombre, aquel con la nariz como una berenjena. ¿Sabes quién te digo?

Jean-Paul Belmondo, claro. Milena fue la primera que me señaló el parecido. Y lo hizo más bien con la boca chica, como si sintiera pudor de hacer tal observación. Creo que fue justo en ese momento cuando comencé a enamorarme de ella. Solo con el tiempo entendí que lo que en un principio yo había tomado por una timidez encantadora era más bien la precaución temerosa de quien se queda paralizada en las distancias cortas. El miedo de quien prefiere dinamitar una relación antes siquiera de que se asienten los cimientos. El miedo de quien, a fuerza de moretones, prefiere no querer. Sea como sea, hasta entonces, y lo más seguro es que por pura ignorancia (a fin de cuentas, la mayoría de mis amigos solo iban al cine para meter mano a sus ligues), nadie me había dicho que me parecía a Belmondo. Desde aquella noche de mi primera cita con Milena, en cambio, como si sus palabras hubieran abierto una extraña caja de Pandora, no hay día que pase sin que alguien señale el dichoso parecido.

—Ahora no caigo —miento.

—Bueno, ya me saldrá —concluye Adela.

Sin embargo, su sentencia poco tiene de conclusiva. Sigue aferrada a la misma expresión de estar dándole a la lavadora de forma obsesiva. Me miro el reloj. Joder, apenas han pasado diez minutos desde que Milena entró a visitar a su madre, pero a mí me han pasado como veinte. Además, no parece que vaya a dejarse caer por recepción ningún viejo compañero. Por suerte, no todo pueden ser malas noticias: aquí dentro está prohibido fumar. O lo que es lo mismo, se me presenta en bandeja la ex-

cusa perfecta para escabullirme de Adela y sus conversaciones de ascensor.

¿Te ha gustado?

Acude a tu librería más cercana
y continúa la lectura de

Lo que sueñan los insectos

de Javier Quevedo

www.puntoenboca.com